

LO QUE RESTA DE LA IDEA

Francisco J. Fernández, *El resto de la idea*, Roquetas del Mar, Círculo Rojo Editorial, 2022, 471 pp.

Manuel Luna Alcoba

IES Ruiz Gijón

Alcalá de Guadaíra-Sevilla

"He hecho todo lo que he podido, pero él está haciendo lo imposible. Los caminos se separan cuando una persona elige una meta alcanzable, y la otra, frente a todo, la lógica y el diablo, va hacia lo imposible." (Altshuller, 2005: 58)

Hubo una época, a finales del siglo pasado, en la que ir hacia lo imposible no figuraba como síntoma en el *Manual Diagnóstico y Estadístico de las Enfermedades Mentales*. De hecho, las facultades de filosofía de este país arrojaban al mundo un puñado de sujetos dispuestos a lanzarse contra la lógica y el diablo cada año. Francisco J. Fernández formaba parte de ellos, de los que recuerdan París por sus hormigas, de los que publican revistas como acicate del pensar, de los que encuentran la filosofía en las tabernas, en el chinchón y por todas partes, en definitiva, pertenece a la estirpe de los exploradores. La Historia de la Filosofía suele tratarlos mal. Si tienen suerte y alcanzan nuevos territorios, los adornan con sus nombres, pero, para quienes transitan por los manuales, esos nombres acaban teniendo tanta relevancia como las señales de tráfico para los peatones. Los nombres que quedan, los que todo el mundo recuerda, pertenecen a cartógrafos, que llegan a petición de las autoridades pertinentes, con sueldo y escolta garantizada, cuando

ya no quedan exploradores en el horizonte. *El resto de la idea* recoge una parte significativa de los caminos que Francisco J. Fernández ha ido abriendo en las fascinantes tierras de la filosofía. Tiene el autor perfecta conciencia de que el explorador hace siempre equilibrios en el filo de la navaja que separa la mortalidad de la inmortalidad ("Contra el mal. Nota en torno a Alain Badiou", pp. 435-451) persiguiendo lo que Badiou, como el resto de pensadores que han poblado este tránsito de siglo, han declarado imposible, la integridad, la integración de mortalidad e inmortalidad, de eventos y generalidades, de proyecto de vida y proyecto filosófico. Fernández sabe bien que un explorador no busca ni la muerte ni evitarla, intenta aunarlas en forma de un viaje del que ya no regresará. O muere con la tarea a medio hacer o no hubo tarea en su vida.

Quedará defraudado el lector que busque en estas páginas el pulcro trazado de los contornos de un continente, las cuadrículas, una escala constante. Muy al contrario, aquí solo hay *facta bruta*, datos primarios de quien, tras una jornada extenuante, se sienta un momento para retomar fuelle y aprovecha para hacer, de mala manera, alguna medición. La tipografía de imprenta se alterna con dibujos y notas manuscritas, los estudios de longitud media ("El pensamiento de Ortega contra el pensar de Ortega", pp. 197-215) con microanálisis ("De la metafísica", pp. 269-271), la alta especulación con las vivencias cotidianas del profesor de instituto. Ni siquiera hay la secuencia lineal de los libros de viajes para todos los públicos. Sus elementos constitutivos han quedado en este volumen disgregados en secciones. Tenemos así, un diario ("Livre de brouillon", pp. 21-69), una descripción de los territorios explorados ("Artículo", pp. 69-228), un listado de incidentes diversos ("Columna", pp. 229-316), un catálogo de puertos visitados ("Reseña", pp. 317-393), bosquejos de los personajes encontrados ("Semblanza" y "Entrevista", pp. 393-453) y la

oportuna correspondencia ("Apéndices", pp. 453-471). Por tanto, como les ocurre a las personas aquejadas de enfermedades y fiebres, se vuelve una y otra vez sobre hechos y obsesiones, hasta el punto de que se pierde el criterio de qué puede considerarse realidad y qué ficción en lo narrado. Todo ello en fragmentos, trufado de interludios, carcomido por sardónicas anécdotas. Pero, en medio de los azares de quienes han abandonado la certera seguridad de los mapas, aparecen, como destellos de rabiosa luz, muestras de ese olfato sin parangón que Francisco J. Fernández posee para encontrar problemas que nadie ha visto. Uno solo puede sentir escalofríos cuando, en los años en que Internet llegó a España, acusaba a cierta eminencia de nuestra Filosofía de voluntarismo, porque, henchido de espíritu liberal, afirmaba que los individuos siempre tendrían la libertad de convertirse o no en telepolititas ("La ciudad a distancia", pp. 326), como tenemos, o no, la libertad de participar en el mercado. Fernández sabe que hay algo mal en la metáfora del lenguaje y el ajedrez ("El ajedrez de la lengua", pp. 167-183) y va separando capa a capa los disfraces del problema para dejarnos al borde de la conclusión de que si "el significado es el uso", entonces todas las casillas del tablero tendrían el mismo significado, el rey carecería de él durante la mayor parte del juego y su significado coincidiría con el de la torre en el enroque. Y otro tanto cabe decir de Saussure, ¿acaso el valor de un alfil fianchetto no radica en que carezca de oposición? El ajedrez ha acompañado a Fernández en todas sus exploraciones y, con frecuencia, ha constituido el núcleo de las mismas. Asume con naturalidad que todo problema de ajedrez se resuelve "hacia atrás", imaginando el *resultado final ideal*, quiero decir el mate, y, por supuesto, lo relaciona con Sherlock Holmes para explicarnos cómo se construye la narrativa jurídica ("La ficción de la verdad y la verdad de la ficción", pp. 377-383). A nosotros nos corresponde extraer la única consecuencia posible: si narración y realidad no pueden coincidir nunca, en la narración debe haber creatividad, ergo, la proyección del *resultado final ideal* conduce a la creatividad.

Donde otros de renombre y prestigio traducen vilmente a Leibniz, el autor de "Jesucristo imposible" (pp. 143-167) sabe descubrir que "compatibilizar" significa optimizar y el Dios leibniziano no puede elegir el mundo "óptimo". El Dios de Leibniz crea el mejor de los mundos posibles y el acento no debe ponerse, como hace la tradición, en "mundos posibles", debe ponerse en *crear*. La *creatividad* caracteriza al Dios de Leibniz (a eso se refería Leibniz con lo del Dios "ingeniero"), la creatividad debe caracterizar al mundo de Leibniz y la creatividad constituye el rasgo característico de sus criaturas predilectas. No cabe hablar en Leibniz de "compatibilidad", sino de composibilidad, del encaje de posibilidades combinatorias que nunca darán lo "óptimo". En consecuencia, la sustancia no puede quedar definida por unas notas características grabadas a fuego sobre su piel, quedará definida por su caja morfológica (Zwicky, 1966: 114), por una multiplicidad de factores cuya combinatoria dará lugar a series muy diferentes dependiendo del universo que le toque reflejar. Un estudio comparativo de Zwicky y Leibniz a propósito de los mundos posibles, servirá, algún día, como muelle de atraque para multitud de navegaciones. Pero Fernández, como siempre, no se ha quedado a ver cómo construimos este puerto acogedor, mucho antes ya nos ha abandonado en busca de otra hermosa caleta no visitada por ser humano alguno.

No puede faltar en todo relato exploratorio los desternillantes encuentros con los aparatos y utensilios "del otro" ("De la satisfacción", pp. 289-291), en este caso, "una especie de pepino canijo y encorvado", que el autor considera "un manjar estival", aderezado con un poco de aceite. No sé si se debe a que el estío nos abandonó hace mucho, a un error en mi precipitada lectura o a mi falta de paladar para las exquisiteces, pero tengo que confesar que, por mucho aceite que le he echado a los Satisfayers no he conseguido apreciar su naturaleza de manjar. Quizás todo se debe

a que el común de los mortales queda decepcionado con la personalidad de un Amundsen o un Cook. Los exploradores se forjan en las inclemencias climatológicas, en el trato con salvajes, en el afuera, y no dudan en mezclar los chismorreos contados en el funeral de Dios con los váteres o en hablar sin recato del cagar, del follar ("Del wáter", págs. 305-9) y, lo que, sin duda, la mentalidad contemporánea considerará menos soportable, de su aprecio por los toros. Los rasgos toreros, el valor necesario, no le faltan al Prof. Fernández, para presentarse en casa del ex de María Zambrano ("Ocasión roja", pp. 399-403), para citar a Marx (menos de lo que hace falta en este siglo XXI, pero lo cita), para reivindicar (o algo así) a Althusser ("Los sesgos de Althusser", pp. 215-227) y hasta para disertar, en los tiempos que corren, "Del género" (pp. 249-50).

Los nómadas, quienes han visto cosas que no creeríamos, aquellos que saben que cualquier mapa oculta lo que enseña, incorporan, como regla natural, la exigencia de Korzybski de no confundir el mapa con el territorio (Korzybski, 1933: XVII) o, como lo expresa, Fernández, el mundo que se habla con el mundo en que se habla ("De ¿Agustín García Calvo?", pp. 406). Estas páginas dejan sin asidero a los que intentan hacer mapas de escala 1:1 para decir que hablan del territorio, cuando, en realidad, tratan de (re)configurar ese territorio a su mayor gloria y capricho. Aquí radica la parte más jugosa de cualquier libro de viajes, el relato de los encuentros y reencuentros, con aventureros, contrabandistas, expoliadores, autoridades, prófugos, chamanes y jefes de tribu que cuentan, hablan, se dejan retratar y, con frecuencia, aportan mucho más con sus poses que con sus palabras. Una buena parte de quienes encarnaron la filosofía española en el tránsito del siglo XX al XXI figuran aquí, leídos, retratados, conversados. De todos ellos hay un encuentro que envidio particularmente al profesor Fernández, el que tuvo, y, además, de modo regular, con Pierre Aubenque ("*Monsieur Aubenque*", pp. 407-411), cuyo nombre perdura, pero cuyas

enseñanzas, muy oportunamente, han caído en el olvido. Alguien debería hacer una notable contribución a la filosofía comparando el Aristóteles de Aubenque con el de Korzybski.

Le pondré palabras a lo obvio, comparto con el autor multitud de preocupaciones y no tanto de filias como de fobias. Y eso incluye el miedo al ombligo ("Del ombligo", pp. 277-8), por supuesto el propio, al que yo no me atrevo ni a mirar, pero, también, a tocar el ajeno y, en especial, el que puede considerarse tanto propio como ajeno, quiero decir, el de los hijos. Siempre presentí que detrás del enigma de cómo de un nudo puede nacer un agujero se ocultaba algo terrible. Tener hijos implica una enorme responsabilidad y un enorme gasto, pero, por encima de todo, implica la necesidad de cuidar ese trozo de placenta que ya no lo une a nada, hasta que se seca y se cae, dejándolo para siempre, mucho más que arrojado al mundo, desanudado de cualquier vestigio materno. Ojalá ocurriese lo mismo un día con las imágenes, que a los filósofos se les secan y se les cayese, dejándolos sin anteojeras. De entre los innumerables temas contenidos en el presente volumen, por encima de todo, valoro la ausencia de uno. Puede llamarse propiamente Filósofo a alguien que le cuenta a los demás el mito fundacional de cómo la filosofía nació por su alejamiento de los mitos y, después, explica sesudamente los mitos de Platón, de Sto. Tomás y hasta los del pietista Kant. Las más poderosas herramientas conceptuales del pasado siglo se dedicaron no a desentrañar los entresijos de la realidad sino de los productos de la industria cultural (literatura, cine, televisión), hasta el punto de que, por ejemplo, si quitamos a *Blade Runner*, a *Gattaca* y a *Un mundo feliz*, de la reflexión filosófica sobre la genética no queda nada. En estas páginas solo hay una referencia a una conocida serie y, para singular honra del Prof. Fernández, no se la trae a colación acerca del supuesto significado filosófico de semejante producto de bollería industrial, sino de cierta partida de ajedrez que figura en ella ("El Dr. House juega al ajedrez", pp. 183-8). Esa crítica, deliciosamente sutil, de la mitologización sufrida por la filosofía del siglo XX, puede apreciarse

en otras partes de este volumen, por ejemplo, cuando se nos habla de la muerte de Sócrates ("De la cicuta", pp. 235-6). No solo no nos presenta a la cicuta como el arma pÉrfida que nos arrebató a un padre fundador, sino que el autor nos recomienda cultivarla en nuestras terrazas porque con ella cultivamos el derecho al suicidio. A este respecto nos recuerda sus discusiones con el Filósofo español más famoso del siglo XX. Aunque no quiere ir más allá, porque sabe que con lo dicho se ha colocado al borde de lo lÍcito, no resulta difícil adivinar lo que viene. La cicuta debe su toxicidad a los alcaloides, género de sustancias químicas estas, los alcaloides, que comparte con la cocaína y la heroína. No obstante, el alcaloide quÍmicamente más semejante a la cicuta se llama *nicotina* (Schep, Slaughter y Beasley, 2009). Más que un derecho, el suicidio constituye un hecho cotidiano, envuelto en auras eróticas y liberales, y, naturalmente, solo al alcance de quien pague impuestos por ello. Lo otro forma parte de los delitos contra la salud pública y hasta podría considerarse denunciabile que alguien dijese que no hace falta ni pagar por ella ni sembrarla, pues la *Conium maculatum* florece espontáneamente en tierras yermas y al borde de caminos poco transitados. Ya se sabe, los enamorados, los profesores de Ética y, aún más, los profesores de Ética amorosa, tienden a soslayar hechos palmarios, nunca queda claro si por candidez o por conveniencia.

Con la esperanza de que mi anterior exabrupto haya espantado a la última lectora/al último lector, con la esperanza de que nadie haya llegado leyendo hasta aquí, he dejado para el final un comentario sobre las flaquezas de los exploradores. Hay noches en el camino, sin luna, sin estrellas y con un frío que rompe voluntades. En esas noches en que se echa de menos el calorcito de la manada, el pensamiento cae por las sendas trilladas y hasta el Prof. Fernández acaba añadiendo una letanía más a las lamentaciones por la pérdida de la filosofía ("Pequeño manual de instrucciones para sobrellevar la extinción de la docencia de la filosofía", pp. 463-7). La filosofía,

dice el autor, debe mandar, servir, asesorar y dormir en las bibliotecas. ¿Cómo puede tener futuro una disciplina a la que solo le interesa del futuro si ella seguirá existiendo o no? Si la filosofía quiere tener un futuro, antes, tendrá que ocuparse de él. ¿A qué página de qué libro de filosofía remitimos a los jóvenes cuando vienen a preguntarnos qué les cabe esperar (una de las preguntas que definían al hombre según Kant)? ¿o no acudimos a ningún libro de filosofía, sino que repetimos el eslogan de que “el futuro está en vuestras manos”? El futuro de la filosofía no pasa ni por mandar, ni por servir, ni por asesorar, ni por hacer de bibliotecaria. La filosofía tiene que *crear*, tiene que crear mundos posibles, como hicieron Platón, Aristóteles, Leibniz, Marx.... Ya he mencionado aquí a Altshuller y a Zwicky, que idearon procedimientos para la creación sistemática de tales mundos posibles. ¿Cuándo se dará por enterada la filosofía? Y esto vale para el Profesor Fernández. Las innumerables enseñanzas que se desprenden de este libro, nos dejan con la peor de todas las incógnitas, la incógnita respecto de su futuro. ¿Se prepara para ponerse las pantuflas y pasar los días rememorando viejas batallitas o ha abandonado ya puerto seguro para seguir indagando lo que resta de la idea?

REFERENCIAS

Altshuller, G. “The Donkey Axiom”, en Altshuller, G. and Zhurzvlyova, V. *Ballad of the Stars. Stories of Science fiction. Unltaimagination and TRIZ*, ed. By Steven Rodman, translated by Roger DeGaris with a Preface by Pavel Amnuel, Tecnical Innovation Center Inc. Worcester, 2005, pp. 43-72.

Fernández, F. J. *El resto de la idea*, Roquetas del Mar, Círculo Rojo Editorial, 2022.

KORZYBSKI, A. *Science and Sanity. An Introduction to non-Aristotelian System and general Semantics*, Institute of General Semantics, New York, 1933.

Schep L. J., Slaughter R. J., Beasley D. M., «Nicotinic plant poisoning». *Clinical Toxicology*, 2009, 47 (8): 771-81, doi:10.1080/15563650903252186.

Zwicky, F. *Entdecken, Erfinden, Forschen im morphologischen Weltbild*, München, D. Knauer, 1966.